

CAPITULO VIII

1889.

Pasemos la vista por los diversos teatros ó lugares de diversión de la Capital, diciendo algo de sus funciones en Enero de 1889, memorable por la pequeña y artística temporada de Coquelin. Ocupaba el de Arbeu Manuel Estrada con unos cuantos modestos actores que en los últimos días del citado mes estrenaron la muy aceptable comedia de costumbres *La firma del Diablo*, original del escritor mexicano Vicente Morales, quien la remitió desde los Estados Unidos donde se hallaba desempeñando el puesto de Secretario de la Legación de México en ese país. El Principal seguía en poder de la empresa de zarzuela por tandas, de los Hermanos Guerra; nada por consiguiente hubo que elogiar en él, pero sí debo mencionar el aplaudido estreno de la piececilla *Triple en puerta*, y el beneficio de la muy simpática artista mexicana Magdalena Padilla, que se vió en *La Tempestad* muy guapa con su traje marinero. Pero ni Estrada con sus funciones *monstruo*, de ocho y nueve actos *por un solo precio*, según decían los programas, ni el Principal con sus *cócoras* á los cuales no sin gran dificultad redujo al orden la policía á principios del mes, congregaban tan lucida y numerosa concurrencia como los Hermanos Orrin, en su Circo de Santo Domingo.

Nada perdonaban esos inteligentes empresarios para llevar á su *trenda de campaña* el público que no pudo ó no quiso concurrir á las funciones de Coquelin. Variando constantemente su *elenco* de artistas acrobáticos, ya llamaban á la gente con el hábil *contorsionista* Tatalí y la bella Josefina La Motte, ya le entretenían con los chistes y ocurrencias, *alcuando felices*, de Ricardo Bell y de Bannack (que en ese tiempo tuvo la desgracia de perder á una linda chiquitina de cinco años), ya procurando algo más escogido contrataban y hacían oír y aplaudir en su escenario al magnífico sexteto de la ex-estudiantina "Fígaro," ya por último, hacían presentarse á la atrevida Delma Jauta, *la domadora de serpientes*: este último espectáculo fué verdaderamente notable, pues entonces por primera vez en México viéronse magníficos ejemplares de enormes *boas* y otras culebras del Africa y de la India, sorprendentes por su tamaño y por la belleza de su piel: la rubia domadora, con su abundante y encrespada cabellera, su

rojo traje ceñido al cuerpo y con todas sus serpientes enroscadas á él, y pudiéndose mover apenas con su peso, era, volvemos á decirlo, un espectáculo imponente y curioso.

Con el Circo de los Orrin competían, pero sólo en tardes de domingos y algún día festivo, los circos ó plazas de toros, en las que entonces privaba el *diestro* llamado *el Zocato*. No voy á hacer revista de ese espectáculo pero sí creo curioso poner aquí los siguientes *datos estadísticos*, tomados de *El Arte de la Lidra*, periódico oficial de los aficionados á las glorias de los émulos de *Pepe-Hillo* y de *Cúchares*. Desde el primer Domingo de Enero hasta el 30 de Diciembre de 1888 se habían celebrado en las *seis plazas* de la Capital *ciento veintisiete corridas*, en las que se lidiaron *setecientos veintitrés toros* de ganaderías mexicanas y españolas, según el siguiente pormenor: Plaza de *Bucarelli*, treinta y cinco corridas: del *Paseo*, treinta y una: del *Coliseo*, treinta y una; de *Colón*, veintisiete; de *San Rafael*, tres. Las ganaderías que proporcionaron los toros fueron cincuenta y tres mexicanas, y nueve españolas. En las ciento veintisiete corridas tomaron parte *ciento setenta* toreros de profesión, y *treinta y cinco* aficionados. En 1888 el número de toros matados por cada *espada* notable, fué, por Ponciano Díaz, *ciento cuarenta y cinco*; por Carlos Borrego, *ochenta y ocho*; por Vicente Navarro, *sesenta*; por Diego Prieto, *sesenta y ocho*; por Gabriel López, *cuarenta y tres*; Fernando Lobo, *treinta y cuatro*; Manuel Hermosilla, *veintidós*; Juan Jiménez, *veintidós*; Luis Mazzantini, *veinticinco*; Valentín Martín, *veinticinco*; Joaquín Artau, *diez y ocho*; y Valentín Zavala, *diez y seis*. Las *cogidas* más notables en 1888 fueron las de los espadas Manuel Díaz Lavi y Fernando Gutiérrez, del picador Juan Luz Resillas, de los banderilleros Carlos López, José Escacena y José Velázquez, y la del *aficionado* Francisco Torres.

En otro género de fiestas fué notabilísima la que en la tarde y noche del 12 de Enero ofreció al Presidente de la República la Confederación Mercantil en el palacio y bosque de Chapultepec, brillantemente iluminados con focos eléctricos y millares de farolillos de cristal y de papel, y regiamente adornados con numerosas obras de arte y cantidad inmensa de flores, cuya decoración dispuso con muy buen gusto Simón Jiménez, jardinero de Mixcoac. Los invitados fueron mil doscientos, y en las espléndidas estancias y extensas galerías se bailó con grande animación, al compás de las piezas magistralmente tocadas por la orquesta de los Vega, y se cenó con esplendidez, todo en honor del Gral. D. Porfirio Díaz, cuya nueva prórroga en la Presidencia de la República venía con regocijo celebrando el país entero.

Aun no dejaba la Capital el insigne Coquelin cuando se anunció una nueva compañía dramática italiana, dirigida por el eminente artista Giovanni Emanuel, que en México había de dejar imperecedero renombre y un tesoro de simpatías y de cariño, lo más sincero y

entusiasta y firme, aun á despecho de los años. Saliéndose de lo común y ordinario lo mismo en grandes artistas que en insolentes medianías, la compañía Giovanni Emanuel no expidió inconmensurables prospectos haciendo el elogio de sus actores ni ponderando sus triunfos; su anuncio no fué ni precedido ni seguido por encomios de ningún género, y se publicó tan simple y sencillo como si sus artistas fuesen ya conocidos en México, dejándose todo á sólo el juicio y la apreciación del público.

En el elenco ó lista de actores no había clasificaciones de géneros ni de primacía, y sólo un tipo de letra mayor daba á presumir cuáles eran los nombres del primer actor y de la primera actriz. Esta reserva excepcional en gente de teatro, llegó al extremo de que cuantas veces se solicitaron de aquel artista, también excepcional, datos para su biografía, se limitase á decir que habíase dedicado al arte por vocación irresistible y mantenídose en su ejercicio por satisfacer sus inclinaciones, sin otra mira que la de ser grato al público. Realmente un artista como él, se recomendaba con su mismo trabajo. Lo mismo debe decirse de su primera actriz Virginia Reiter.

Hé aquí el *elenco* según le publicó el prospecto-anuncio. "*Personal artístico. Actrices:* Virginia Reiter, Clara Miguet Della Guardia, María Borisi Micheluzzi, Mariana Del Conte, Giuseppina Nannini, Teresa Maraschi, Ada Cesone, Albertina Giordano, Adelina Rosi. *Actores:* Giovanni Emanuel, Ernesto Della Guardia, Ferdinando Migliore, Alfredo Del Conte, Vittorio Prosdocimi, Gaetano Carrillo, Edigio Fagioli, Francesco Valenti, Enrico Onorato, Amerigo Guasti, Francesco Micheluzzi, Aristide Porro, Enrico Nannini, Emilio Valentini. *Secretario,* Aristide Porro. *Representante,* Aristodemo Mancini. Precios de abono por diez funciones; Plateas y palcos primeros, *ciento treinta pesos*; Palcos segundos, *ochenta*; terceros, *cinquenta y cinco*; Lunetas y balcones, *veinte*. Delanteros de galería, *cinco*. Precios eventuales, en palcos, *veinte pesos*; en lunetas, *dos pesos cincuenta centavos*; delantero de galería, *setenta y cinco centavos*; entrada general, *cincuenta centavos*.

Efecto de tanta parquedad en el anuncio, los concurrentes al primer abono de la Compañía Emanuel fueron escasísimos, y la primera representación se dió en la noche del viernes 25 de Enero de 1889 con la tragedia de Shakespeare, *Otello*, ante muy reducido público, que quedó verdaderamente asombrado de la magistral interpretación que el cuadro entero hizo de esa obra sublime. Emanuel en el protagonista, Valenti en el *Yago*, la Reiter en *Desdémona*, estuvieron admirables, y los aplausos y los bravos resonaron casi sin cesar, especialmente para los dos primeros actores nombrados. Anunciada la segunda función para la noche del sábado, hubo de suspenderse por enfermedad de Emanuel, trasfiriéndose para el domingo 27 en que

se representó la bellísima obra de Sardou, *Odette*, en que ya pudo juzgarse ó por mejor decir *admirar* á Virginia Reiter: ¡qué actriz aquella! ¡qué feliz talento el suyo para las bruscas y difíciles transiciones de que estaba sembrado su papel! ¡qué tres artistas aquéllos, la Reiter, la Della Guardia y Emanuel, en la culminante y sublime escena en que la culpable madre tiene con su hija, que no la conoce, su primera y última entrevista! ¡cómo todos ellos supieron arrancar á su público lágrimas y aplausos, tan valiosos los unos como las otras! Mas, ¿de dónde sacar nuevas palabras ó cómo combinar las usuales de modo y forma que constituyan elogios que no hayamos ya prodigado en otras páginas y á otros artistas? ¿cómo ponderar aquel *Casamiento de Figaro*, en que se hacía imposible creer que el locuaz intriguante, lleno de vida y de picardía, que con agradable voz de barítono entonaba coplas llenas de gracia, fuese el terrible *Otello*, que con sus gritos de furor y desesperación había infundido el espanto en la primera noche, é impresionado en la segunda hasta hacer tomar por real y positivo el infortunio del conde de Clermont Latour? ¿cómo poder darse cuenta de la transformación asombrosa de *Desdémona* y de *Odette* en la lindísima y graciosa *Susana* de la comedia de Beaumarchais, no conocida hasta entonces en nuestros teatros, y desde entonces eternamente memorable en ellos? ¡Qué asombroso conjunto aquél! Porque sí; en el conjunto irreprochable, perfecto, sin precedente en la historia de ninguna otra compañía de cuantas nos han visitado, sin exceptuar ninguna, absolutamente ninguna, es en lo que estribaba el maravilloso efecto de la dirigida por el eminentísimo Emanuel. En el total de las que precedieron, indudablemente, y vistos aislados, hubo artistas de tan grande valía, que se hace imposible figurarse que pueda haberlos superiores: sin duda Emanuel no los tuvo ni semejantes; pero, repitémoslo, ninguna de las compañías anteriores tuvo tampoco un director que se le pareciese en ofrecer en sus obras un tan superior conjunto, y en infundir en sus subordinados el talento necesario para obtener ese conjunto. Prueba evidente tuvimos de que todo era debido á su entendidísima dirección, cuando más adelante, artistas separados del cuadro de Emanuel y trabajando en otra compañía, resultaron tan inferiores á la opinión en que los teníamos en esa temporada, que sólo por sus apellidos pudo el público reconocerlos. Bajo la dirección de Emanuel, ninguno valía más ó menos que cualquiera otro, porque todos cumplían á la perfección con su cometido, y á ninguno había necesidad de exigirle que hiciese cosa distinta de la que estaba encargado de hacer: todos resultaban allí primeros en su línea, y entiéndase que, á nuestro juicio humilde, verdaderas notabilidades éranlo únicamente Virginia Reiter, Giovanni Emanuel y Francesco Valenti. Este último era un artista de las más sobresalientes cualidades en lo trágico y en lo dramático, en la comedia y en el sainete.

Disponíase, bajo la dirección de Emanuel, la escena, con suma propiedad; con la misma vestíanse los personajes de cualquier categoría que fuesen, sin olvidar detalle ninguno, ni permitirse la más mínima licencia ni al sexo ni á la edad. Poseyendo como debe poseer un artista digno, conocimientos generales de todo, y una vasta instrucción enciclopédica, los de Emanuel cantaban ó tocaban instrumentos diferentes cuando la obra lo pedía, y en los personajes históricos no sólo en el traje los copiaban sino también en todos y cada uno de los rasgos y particularidades que sus biógrafos ó la tradición han conservado. Todas las obras, aun aquellas que fueron estudiadas aquí por la compañía, eran representadas sin auxilio de apuntador, y merced á ello y á lo bien sabidas y ensayadas, los actores podían moverse con libertad en la escena é imprimir á sus papeles una naturalidad sorprendente y completa, que sólo bajo la dirección de Emanuel se ha visto en México. Los ensayos eran un acto serio y formal, tan serio como la representación misma, y á ningún actor ó actriz se le permitía distraerse durante ellos en corrillos y pláticas, y hacíase lo mismo en cada noche de espectáculo desde el instante en que se alzaba el telón. Tampoco hasta entonces se había visto un tan perfecto orden en un foro escénico. Jamás en los programas se hizo nunca el elogio de las obras ó de los artistas, ni éstos al anunciar sus beneficios usaron esas *proclamas* ó manifestaciones comunísimas, por todos repetidas y copiadas, con sus vulgares y gastadísimas frases de gratitud y de amor á la benevolencia de los espectadores y á la ciudad ó país en que han trabajado, costumbre ridícula ó impropia, pues si el artista cumple bien con su cometido el aplauso que se le acuerda no es benevolencia sino justicia, y las tales *proclamas* del beneficiado no vienen á ser sino un arranque de vanidad ó de orgullo, bajo una mal tejida capa de convencional y á veces torpe humildad. En esas funciones solemnes, el artista debe corresponder á las distinciones del público con una buena elección de la obra y con un buen desempeño de ella, y pues la costumbre general no le permite dirigirse desde el escenario á los espectadores ni para demostrarse agradecido, ni para hacerles reclamaciones, es no respetar esa costumbre hablarles por el intermedio de los programas. Tampoco usó Emanuel ni lo permitió á sus artistas, hacer envío de localidades para función de beneficio de ninguno de ellos; proceder caballeroso y decente poquísimo común por desgracia, pues lo general y ordinario es que el artista que se beneficia incomode á todo el mundo enviándole bajo cubierta los billetes con su programa y con su correspondiente supuesta dedicatoria, las más veces impresa como circular á la vuelta de algún ridículo cromó ó mal retrato, ya para comprometerle á asistir, ó ya para tener el pretexto de cobrar el importe de la localidad aun cuando se le haya hecho el desprecio de no ocuparla;

el cobro se efectúa con tal que no le hayan sido devueltos los billetes antes de la función, como si quien nada ha pedido estuviese obligado á tener un mozo á disposición del cómico impertinente y poco delicado, que con la mayor frescura suelta á su víctima, á los tres ó cuatro días de la función, un papelito en que poco más ó menos, dice, "Recibí de D. Fulano de Tal la cantidad de *tantos pesos*, importe de las localidades que para mi beneficio *se sirvió tomar*," cuando mejor debiera decir "*que por fortuna no se tomó la molestia de devolver*." Oh! nuestros cómicos podrían haber aprendido mucho de Giovanni Emanuel si hubiesen querido estudiar á ese buen artista y caballero. Volvamos á nuestra reseña ó revista de esa temporada.

Quien no haya visto á Emanuel *La muerte civil*, obra á la que ciertamente no le han faltado buenos intérpretes en nuestros teatros, puede decir que no la conoce tal como debe ser, y bien procedió el distinguido actor en hacerla seguir en la noche de su representación por la graciosísima pieza cómica *Telémaco el disordenato*, en que el oportunísimo Ernesto Della Guardia moderó con sus buenos chistes la impresión causada por el terrible drama. A ello sucedió la deliciosa comedia *El mundo del fastidio*, de Paillerón, en la cual estaba encantadora por su gracia, su ingenuidad, y sus infantiles locuras la no superada Virginia Reiter, resultando á la vez intachables todos y cada uno de los actores y actrices que en el desempeño la acompañaron. *El maestro de fraguas* de Ohnet, no fué en aquella compañía menos admirado que en la de Coquelin y la Hading, siendo extraordinariamente superior al de ese cuadro el *Felipe Derblay*, hecho por Emanuel. *Los Fourchambolt* nada dejaron que desear en aquellos actores, todos igualmente firmes en sus papeles, todos con la misma precisión de costumbre, y presentando el propio y homogéneo conjunto que tan admirado venía siendo desde la fecha del estreno de la compañía. *Guerra en tiempo de paz*, *Kean ó Genio y desorden*, y *Francillón* con que terminó el primer abono de diez funciones, confirmaron al público en que el cuadro de artistas de Emanuel era de lo mejor que habíamos visto y de lo que difícilmente volveríamos á ver. Sin embargo de que así lo decían y repetían cuantos alguna obra habíanles oído, y lo confirmaba la prensa toda con sus elogios, el Teatro Nacional estuvo en todo el primer abono muy poco concurrido, aunque noche á noche se vió que el público aumentaba, sin pasar de mediano en número. Sin desanimarse con ello, Emanuel anunció un segundo abono que sería de siete funciones: la primera se dió con la tragedia *Hamlet*, en la noche del 12 de Febrero. ¡Qué *Hamlet* aquél! Nunca nos lo habíamos imaginado más supremo, y casi lo desconocimos comparándolo con los que hasta entonces se habían visto en México. ¿Cuál fué el actor de la compañía que mejor estuvo esa noche en su respectivo papel? Imposible es contestar á esa pregunta. El genio de Shakes-